DICTADOS PREPARADOS SEGUNDO ESO

                                         PRIMER TRIMESTRE

DICTADO 1 (Octubre)

Levanté la cabeza hacia la casa frente a la cual estábamos. Filas de balcones se sucedían iguales con su hierro oscuro, guardando el secreto de las viviendas. Los miré y no pude adivinar cuáles serían aquellos a los que en adelante me asomaría. Con la mano un poco temblorosa di unas monedas al vigilante, y cuando él cerró el portal detrás de mí, con gran temblor de hierro y cristales, comencé a subir muy despacio la escalera cargada con mi maleta.

 CARMEN LAFORET, Nada

DICTADO 2 (Noviembre)

Esa tarde él estaba de buen humor; de lo contrario no le habría preguntado. Había aprendido a reconocer su estado de ánimo, pero no por lo poco que decía ni por la expresión de su cara -que no reflejaba gran cosa-, sino por la forma en que se movía por el estudio y el desván. Cuando estaba contento, cuando trabajaba a gusto, daba zancadas resueltamente de un lado a otro, sin pasos vacilantes ni movimientos superfluos. De haber sido músico, habría estado tarareando, cantando entre dientes o silbando. Cuando las cosas no iban bien, se detenía, miraba por la ventana, se movía bruscamente, subía por la escalera del desván para luego bajar antes de llegar a la mitad.

TRACY CHEVALIER, La joven de la perla

DICTADO 3 (Diciembre)

Hay que reconocer que la Navidad tiene su gracia. Me encanta que den vacaciones en el colegio, y salir a pasear por las calles llenas de luces de colores, con la gente corriendo de acá para allá y un frío estupendo que se te pega a las mejillas. Y luego está lo de comer cosas buenísimas, que los abuelos te den aguinaldos, que los Reyes te traigan regalos, y acostarse tarde unas cuantas noches. Está bien lo de la Navidad, sí. Pero claro, como siempre pasa en la vida, todas esas cosas buenas tienen también sus inconvenientes. El primero de todos es que los mayores se ponen muy pesados, muy raros, nerviosísimos. Y como ejemplo te voy a contar cómo fue mi última Nochebuena.

 ROSA MONTERO, Las barbaridades de Bárbara

SEGUNDO TRIMESTRE

DICTADO 4 (Enero)

De algún sitio en el corazón de aquel mar blanco que seguía deslizándose llegó hasta nosotros un tamborileo ligero y continuo. La niebla se hallaba a cincuenta metros de nuestro escondite y los tres la contemplábamos sin saber qué horror estaba a punto de brotar de sus entrañas. Yo me encontraba junto a Holmes y me volví un instante hacia él. Lo vi pálido y eufórico, con los ojos brillándole a la luz de la luna. De repente, sin embargo, su mirada adquirió una extraña fijeza y el asombro le hizo abrir la boca. Lestrade también dejó escapar un grito de terror y se arrojó al suelo de bruces.

 ARTHUR CONAN DOYLE, El sabueso de los Baskerville

DICTADO 5 (Febrero)

El amor es una estupidez. Lo tengo comprobadísimo. Vuelve a la gente medio estúpida y le trastoca el carácter, y a lo mejor la hace más feliz, vale, pero eso no cambia nada, y por descontado que a los que ya son estúpidos no les vuelve inteligentes. Cuando voy por la calle y veo a alguien con una sonrisa bobalicona, pienso, ese tío debe de ser tonto de remate, pero a veces, cuando estoy en plan indulgente, añado para mis adentros: o estar enamorado de remate.

MARTÍN CASARIEGO, Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero

DICTADO 6 (Marzo)

Te escribo este folio con la mano agarrotada, rígida, muerta, porque lo que debo confesarte en él me enferma y me mata. Mañana es el último día en que estaré aquí. Y no puedo decirte con absoluta seguridad si podré volver el año que viene. Pero esto no debe asustarnos, porque me escribirás y te escribiré, y seguiremos haciendo lo mismo que ahora. También nos hablaremos por teléfono. Al final de esta carta, te pondré mi dirección y número, y también mi email para que nos comuniquemos por Internet, pues sé que estás en la red, ya que un día en que no saliste y estuvimos todos en casa de mi primo, alguien propuso mandarte un mensaje.

 CARMEN GÓMEZ OJEA, No vuelvas a leer Jane Eyre

 TERCER TRIMESTRE

DICTADO 7 (Abril)

Las olas alcanzaban el muro de contención y me enviaban de vez en cuando una fina llovizna fría y salada, que no me disgustaba. No había ni una sola persona a la vista en toda aquella parte de la avenida. Me tracé un plan para aprovechar el tiempo al máximo, porque tenía la impresión de que había comenzado una cuenta atrás, que Ana podía irse de la isla en cuestión de horas. Lo primero que haría, nada más tomar un café, sería investigar en las agencias de alquiler de coches. Seguro que Ana habría alquilado uno. Lo difícil iba a ser que me dieran esa información.

MANUEL L. ALONSO, Rebelde

DICTADO 8 (Mayo)

La nueva casa de los Carver estaba situada en el extremo norte de una larga playa que se extendía frente al mar como una lámina de arena blanca y luminosa, con pequeñas islas de hierbas salvajes que se agitaban al viento. La playa formaba una prolongación del pueblo, constituido por pequeñas casas de madera de no más de dos pisos, en su mayoría pintadas en amables tonos pastel, con su jardín y su cerca blanca pulcramente alineada, reforzando la impresión de ciudad de casas de muñecas que Max había tenido al poco de llegar.

CARLOS RUIZ ZAFÓN, El príncipe de la niebla

DICTADO 9 (Junio)

Margie siempre había odiado la escuela, pero ahora más que nunca. El maestro automático le había hecho un examen de geografía tras otro y los resultados eran cada vez peores. La madre de Margie había sacudido tristemente la cabeza y había llamado al inspector. El inspector, provisto de una caja de herramientas, desmanteló al maestro. Margie esperaba que no supiera ensamblarlo de nuevo, pero sí sabía, y, al cabo de una hora, allí estaba de nuevo, grande, negro y feo, con una enorme pantalla donde se mostraban las lecciones y aparecían las preguntas. Lo que más odiaba Margie era la ranura donde debía insertar los deberes y las pruebas.

 ISAAC ASIMOV,Cuánto se divertían

DICTADOS EXTRA

Rebeca hubiera preferido una corta despedida desde el coche y después seguir su camino. Las cortas despedidas en los coches están muy bien. Sentado ahí era difícil abrazarse, especialmente si se llevaba puesto el cinturón de seguridad. Así que nada de abrazos. Y en un coche había siempre algo de qué hablar además de lo que "nos veremos pronto" y "a ver si no pasa tanto tiempo". Unas palabras más sobre lo de no olvidarse la maleta en el asiento de atrás o en el portaequipajes y lo de "no te dejes nada". Después, cuando la puerta ha truncado el resto de frases pronunciadas, se puede decir adiós con la mano y pisar el acelerador sin mal sabor de boca. No hay necesidad de quedarse allí como un idiota mientras las frases adecuadas aparecen como una confusa nube de mosquitos.

ASA LARSON, Aurora boreal

Aquel domingo Laura se despertó a las seis de la mañana. Su marido dormía pesadamente junto a ella; de manera que se incorporó con cuidado y deslizó los pies hasta el suelo, donde le esperaban unas zapatillas estratégicamente situadas. La casa estaba fría. Pero ella disponía de unas horas de libertad hasta que Inés y Carlos se despertaran y decidieran levantarse. Se colocó una bata gruesa y tras observar de forma rutinaria el sueño de su hija, llegó al salón, desde donde contempló un amanecer urbano cuyas impresiones memorizó para trasladarles luego a su diario.

Hizo café y con la taza humeante entre las manos salió a la terraza, ofreciendo su melena y su perfil a la ciudad dormida. El sol comenzaba a levantarse, como un globo, por detrás de los edificios cercanos a Barajas. Miró los tejados, respiró y buscó la línea recta imaginaria que unía su casa a la de Julio.

 JUAN JOSÉ MILLÁS, El desorden de tu nombre.

Tras el rostro, le tocaba el turno al cabello, así que un día, en la peluquería, pedí que me cortaran el pelo a cepillo. El peluquero soltó una carcajada. Era imposible hacer ese corte en alguien con un cabello tan rizado como el mío (como el de mi madre, puesto que era suyo). Todo el mundo se rio de mi ocurrencia. Mientras la gente se reía, escuché el ladrido de un perro proveniente del patio interior al que daba el local. El animal pertenecía a uno de los peluqueros, que era cazador. Nunca he olvidado aquellas risas, ni aquel ladrido. Ni el patio interior, al que logré asomarme un día para ver al perro, cuya mirada mantuve unos segundos angustiosos.

 JUAN JOSÉ MILLÁS, El mundo

Me reuní con Claudia Fabia en la biblioteca. Lo primero que me llamó la atención fue que viniera vestida para una fiesta. Entonces caí en la cuenta de que, en efecto, en ese preciso instante tendríamos que estar celebrando un banquete en mi honor, tal vez incluso a esa misma hora tendríamos que estar justo donde estábamos, hablando en la biblioteca de nuestros asuntos, solos. [...] Durante unos segundos me regodeé observando su rostro y su aspecto. Fue lo mismo que contemplar un oasis dentro del árido desierto. ¡Estaba tan hermosa!

 EMILIO CALDERÓN, Continúan los crímenes en Roma